

Presencia clásica en la poesía de Rubén Martínez Villena

Amaury B. Carbón
Sierra

En febrero de 1878 reconocía José Martí en Guatemala la influencia griega en nuestra literatura: «Muerta es la vieja Grecia, y todavía colora nuestros sueños juveniles, calienta nuestra literatura y nos cría a sus pechos, madre inmensa, la hermosa Grecia artística. Con la miel de aquella vida nos ungimos los labios aún todos los hombres.»¹

Razones le sobraban al Maestro: a los griegos —a los antiguos helenos— se les debe el haber sido el punto de partida de una rica y fecunda tradición —que desarrollaron luego y expandieron los romanos—, la cual incluye la creación de la mayoría de los géneros literarios que se utilizan hoy día. Pero no solo eso. Mitos, ideas, imágenes y conceptos de la antigüedad grecolatina actúan consciente o inconscientemente en la sensibilidad y la conciencia del hombre moderno, de manera directa o indirecta, y constituyen lo que Alejo Carpentier en «Vitalidad de los clásicos» denomina una herencia ineludible y necesaria.²

Por ello, aun en el caso del poeta-revolucionario Rubén Martínez Villena (Alquízar, La Habana, 1899-La Habana, 1934), quien no recibió una formación académica clásica durante sus estudios de bachillerato y de derecho, la huella grecolatina está presente en su obra poética, la cual fue breve al igual que su fecunda vida de compromiso político-social a la que consagró todas sus energías. Solo sesenta y nueve poemas se conservan de su quehacer lírico, iniciado en 1917 cuando contaba con dieciocho años. Raúl Roa, sin embargo, afirma que Rubén nació poeta y murió poeta porque toda su vida no fue más que un emocionante torbellino, un poema rico de sentido humano, de superior calidad trágica.³

¹ José Martí: *Obras completas*, t. 7, p. 173, Editora Nacional de Cuba, La Habana, 1963-1966.

² Alejo Carpentier: «Vitalidad de los clásicos», en *El Nacional*, Caracas, 29 de octubre de 1953.

³ Raúl Roa: «Una semilla en un surco de fuego», en Rubén Martínez Villena: *Poesía y prosa*, t. 1, p. 71, Editorial Letras Cubanas, La Habana, 1978.

Difícil sería encasillar en movimientos y tendencias toda su poesía de búsquedas en la que aun en sus balbuceos adolescentes y lo más desvaído y manido de su cosecha se advierte el chispazo de su genio lírico y el soplo doloroso y extraño de clara raíz metafísica.⁴ Pese a ello, Max Henríquez Ureña⁵ y Raimundo Lazo,⁶ atendiendo a los rasgos comunes de la generación, presentes en algunos poemas como «Canción del sainete póstumo» y «Defensa del miocardio inocente», incluyen a Villena junto con José Zacarías Tallet, María Villar Buceta y otros, entre los poetas que ocultan su lirismo en la ironía sentimental. De cualquier manera, poco podría añadir este dato, digno de ser tenido en cuenta, al análisis que nos proponemos, toda vez que griegos y romanos coexistieron con los diferentes movimientos poéticos en nuestro país.

Cincuenta referencias, menciones o alusiones al pasado se registran en la obra poética de Villena,⁷ once de las cuales son repeticiones de musa, Venus de Milo, ánforas, titán, Apolo y Atila. Casi la mitad de las referencias (24) tiene un carácter mitológico: sirena, semidiós, centauro, cíclopes, Palas, Apolo, Afrodita... Las demás se refieren a la cultura grecolatina en general: latines, legión, lira, bacanal, laureles; o son, las menos (4), palabras en latín: vita, aurea, Angelus, Venus. El único autor mencionado o aludido es Homero (dos veces).

Más que establecer una clasificación exhaustiva, ante una muestra tan pequeña, resulta de mayor interés ver la forma que adoptan y la función que cumplen en sus poemas estas meras referencias, aunque solo sean las más importantes.

En una de sus primeras composiciones, «Carnaval» (1918), estructurada retóricamente en torno a un interlocutor (en vocativo) o destinatario interno con el que parece dialogar —en este caso «su amada»—, recurre Villena a la diosa Venus, en una de sus más logradas representaciones escultóricas, la Venus de Milo —calificada por José Martí de casta y serena, realista y sensual—⁸ para igualar metafóricamente con sus cualidades, las de su interlocutora:

*adorna con flores el seno intranquilo
y muestra tus brazos, que estando desnudos,
tus brazos completan la Venus de Milo.*

⁴ *Ibidem*, p. 46.

⁵ Max Henríquez Ureña: *Panorama histórico de la literatura cubana*, t. 2, p. 369, Ediciones Revolucionarias, La Habana, 1967.

⁶ Raimundo Lazo: *Historia de la literatura cubana*, p. 179, Editora Universitaria, La Habana, 1967.

⁷ El estudio realizado se basa en la obra citada en la nota 3. Por la brevedad y la fácil localización de la muestra, no nos pareció necesaria la paginación de los poemas y los versos citados.

⁸ Obra citada en nota 1, t. 13, p. 226, y t. 19, p. 429.

En el mismo poema aparecen otros tres versos alusivos al pasado en los que no faltan las correspondientes metáforas cualificadoras:

*ánfora de amores llena de ternuras
sueño de mi insomnio, mágica sirena
debajo del arco triunfal de tus cejas*

Y nuevamente la asociación de su real o imaginaria amada con la famosa escultura:

*anuda a mi cuello tus brazos de diosa...
¡Con ellos completas la Venus de Milo!*

En otro soneto antológico, «El rescate de Sanguily», que recrea una de las acciones heroicas de nuestra gesta mambisa, protagonizado por el mayor Ignacio Agramonte y sus hombres durante la guerra de 1868, la rememoración del famoso canto épico La Iliada sirve metafóricamente de materia poética para dar realce al relato:

*Y en un grupo forjado por Homero treinta y cinco elegidos de la
hazaña
alumbraron el valle y la montaña
al resplandor fulmíneo del acero.*

Y más adelante, la metáfora alusiva al Mayor, investido de los atributos del héroe griego:

*y un semidiós, formado en el combate
Ordenando una carga de locura
marchó con sus leones al rescate
¡y se llevó al cautivo en la montura!*

Otro soneto del propio año 1919, «Maltiempo», glorioso combate librado por los mambises contra las tropas españolas, realza la acción insurrecta con una vigorosa imagen mitológica que da inicio al poema:

Fue el choque del Centauro y del infante

También de 1919 es el extenso poema titulado «19 de Mayo», referido a la muerte en esa fecha de José Martí a comienzos de la guerra necesaria. Hay en él dos momentos fundamentales de evocación del pasado. En uno, se vale del epíteto para cualificar al Maestro:

Señor de la Palabra: tu helénica figura

En el otro, mediante un símil –tropo usado solo dos veces con materiales de la vieja cultura–, compara el corcel que montaba el héroe cubano al morir con

el caballo alado nacido de la sangre derramada por Medusa al ser decapitada por Perseo:

*y el fuego de tu verbo electrizó el corcel,
Y fue como un Pegaso con un ángel encima.*

El propio año, en el soneto «San Pedro» en el que recuerda la caída en combate del General Antonio Maceo en la finca de ese nombre, atribuye metafóricamente al héroe las cualidades de los hijos de Urano y Gea, que desafiaron a los dioses:

Aquel titán de robutez de cedro.

El «Maestro», soneto dedicado a la memoria del profesor universitario Luis Padrón, quien «me enseñó a sentir y pensar» (en la Escuela Pública no. 37 del Cerro), parangona el poeta la energía y perseverancia de su maestro con el proverbial estoicismo espartano:

*con las contrariedades del arcano
uniste a tus valores de espartano
la dulce mansedumbre del Rabino*

Otro poema en el que se reitera la mirada al pasado es «Mensaje lírico civil» (1923) el cual dedicara al poeta peruano José Torres Vidaurre. Inflamado todavía por el enérgico manifiesto a la opinión pública en contra del estancamiento nacional y la corrupción, Villena se hace eco del episodio conocido como la Protesta de los Trece en estrofas que contienen, al decir de Raúl Roa, la imagen informe del futuro revolucionario. En sus encendidos versos encontramos de inmediato el epíteto mitológico cualificador «hermano apolonida», atribuido al destinatario, y la etimología del apellido Vidaurre:

Vidaurre, Vita aurea, por su vida de oro

No faltan en él la mención a los peligrosos escollos y torbellinos del estrecho de Mesina devoradores de naves, representados en la Antigüedad como monstruos, con los que cualifica metafóricamente la amenaza norteamericana, por una parte; y por la otra, la de los gobiernos de turno:

*Viviendo entre inquietudes de Caribdis a Scila
e ignorando el peligro del Norte que vigila*

Tampoco están ausentes las referencias clásicas que califican por medio del epíteto y la metáfora —las dos formas predominantes en la poesía de Villena— la actitud del Presidente de la República y la de su Ministro tras la denuncia

asumida por él de la escandalosa y fraudulenta compra oficial del viejo convento de Santa Clara:

*se amuralló en sofisticos razonamientos chinos
¡Al Ministro seráfico lo mordieron las Furias*

El ideal estético griego usado como norma o modelo para valorar el presente, se halla asimismo, aunque escasamente representado, en un epíteto cualificador de «Capricho en tono menor», uno de los pocos poemas de tema amoroso y de los más delicados y bellos:

*¿Suspiras?... El seno helénico
se alza pleno en un sereno anhelo azul de pecado*

Otro poema en que el prestigio de la vieja cultura sublima los versos con su nota ameliorativa, es el soneto «El faro» (1922). Obsérvese el empleo a esos fines de las metáforas de carácter mitológico y la palabra latina castellanizada «miserere»:

*—el faro, que es la estatua del Cíclope del mito—
Titán que vio por siglos la muerte de los días,
Contemplador de mudos solares misereres.*

Aunque plasmada en un solo verso, resulta significativa la referencia mitológica que se halla en el soneto «Motivo de la angustia inmotivada» por ser reflejo del debate interior del poeta entre viejas y nuevas concepciones de la vida y de la historia. De sus temores, incapacidades y sufrimientos donde está presente «la maldición de Palas en la gracia de Apolo», deriva el poeta la afirmación de lucha que sirve de epígrafe al poema: «¡Mi vida, una semilla en un surco de mármol!»

En «La Medalla del soneto clásico» (1925), premiado en los Juegos Florales de San Luis, Oriente, aunque nunca se hiciera efectivo el galardón, se reafirma el dominio villeniano de esta estrofa. Dos versos que nos hacen volver la vista a la Grecia antigua, ambos metafóricos, inician cada cuarteto:

*Anfora insigne de la fiebre augusta
vertió la miel de su labor divina
Añeja forma donde Apolo ajusta
fuerza viril en gracia femenina*

También en la poesía de Martínez Villena no recogida en el volumen de 1936, hay poemas en que el ideal grecolatino de belleza y de heroísmo se convierte en un patrón o norma para valorar el presente. Esto ocurre en «Simbolismo»

(1919) dedicado a la memoria de Antonio Maceo, donde leemos estos dos versos que remiten indistintamente a Roma y a Grecia:

*su marcha en el espacio condujo tus legiones
el día que en San Pedro tu homérico heroísmo
cayó con un postrero rugido de león.*

En otro soneto, el titulado «A María Teresa Gómez» (1919) el modelo antiguo está presente en un epíteto cualificador, que abre el poema:

Hacia el misterio ignoto de tu belleza griega

La evocación del bárbaro Atila, vencedor de los emperadores de Oriente y Occidente, sirve para comparar con el rey de los hunos mediante una metáfora el talento militar del Generalísimo, en el primer terceto del soneto «Máximo Gómez»:

*seguiste tras su marcha con el furor de Atila
-Atila milagroso de la moderna edad*

No fue esta una asociación casual. En una crónica sobre «El ciclón» (1924) califica al presidente Menocal, ex administrador del central azucarero Chaparra, como:

El mayoral, hecho un Atila de opereta

Podría extenderse el análisis a otros poemas, sin embargo los ejemplos citados parecen suficientes para dar una idea del peso y la importancia que tienen las menciones al pasado en la poesía de Rubén Martínez Villena, más por la función poética que cumplen, que por el grado de acercamiento a la cultura grecolatina que puedan revelar.

En ocasión del centenario de su natalicio, sirvan, pues, estos apuntes como homenaje al revolucionario magnífico y al talentoso poeta, heredero consciente o inconsciente de la ineludible y necesaria tradición clásica.